

## Entre Zaragoza y Buenos Aires: cartas de José Manuel Blecua y Guillermo de Torre

Muchos son los recuerdos y numerosísimas las cosas que se pueden decir de José Manuel Blecua Teijeiro en el primer centenario de su nacimiento. Sobre todo cuando quien suscribe aprendió en sus libros de texto la Historia de la Literatura Española durante el Bachillerato, lo tuvo como profesor en la Universidad de Barcelona, luego como director de su tesis doctoral y siempre como maestro.

Su buen nombre no necesita panegíricos, sostenido como está por una *larga labor* conocida y avalada internacionalmente. Al conmemorar la efemérides de su primer siglo en el *Archivo de Filología Aragonesa*, donde tanto publicó, he querido rescatar un manuscrito que contiene el archivo personal de Guillermo de Torre, comprado en Buenos Aires a Alberto Casares en 2006 por la Biblioteca Nacional de España, que ofrece un perfil de los muchos que componen la figura de Blecua, con el único objeto de darlo a conocer para que algún joven investigador lo analice con el detalle que merece y edite las cartas cruzadas entre ambos. Sobre todo ahora que el filólogo aragonés cuenta con un portal a su nombre en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que se irá enriqueciendo con otros documentos suyos.

Me refiero al ms. 22843 de la BNE, que guarda, entre otras muchas perlas, la correspondencia entre el impulsor y bibliólogo de las vanguardias Guillermo de Torre (1900-1971) y el entonces profesor de Literatura Española en el Instituto Goya de Zaragoza José Manuel Blecua Teijeiro (1913-2003). Se trata de un amplio corpus donde aparecen 17 cartas y 3 postales de Blecua (autógrafas o mecanografiadas y firmadas, en su caso), y 2 de Guillermo de Torre (copiadas a máquina

con papel carbón). Una de ellas lleva, al pie de una nota, la firma del poeta amigo de Blecua, Ildefonso Manuel Gil.

El conjunto del manuscrito se compone de casi cuatrocientas entradas, entre cartas y tarjetas postales guardadas por Guillermo de Torre junto a otros escritos suyos de diversa índole, incluidas notas y recortes de prensa. Toda una preciosa muestra de hasta qué punto este se carteó con medio mundo durante su larguísima estancia en Buenos Aires, sirviendo de puente cultural entre Europa y América. Esa amplia correspondencia, en el caso de la mantenida con españoles (Blecua, Enrique Tierno Galván, José María Valderde y otros), es además un buen ejemplo de cuanto supuso el género epistolar, pese a los límites de la censura, como ventana abierta durante los años oscuros de la dictadura. Cartas de unos y otros que son también un modelo de resistencia para mantener desde dentro, contra viento y marea, la cultura española al nivel ético y estético que merecía.

Conocido en parte por la crítica, el mencionado manuscrito, cuyo contenido reflejamos recientemente en *Luces Argentinas (Ínsula, 793-4, 2013)*, es una curiosa prueba del Blecua catedrático del Instituto Goya de Zaragoza, que, aparte de atender a sus alumnos y preparar las clases, mantenía un altísimo nivel como filólogo y como lector incansable y ávido de novedades. Guillermo de Torre fue para él faro y guía de numerosas lecturas, además de servirle de noticiero y mensajero sobre publicaciones que por aquel entonces resultaban inusitadas en el páramo cultural español. Blecua formó parte de la abrumadora estela de destinatarios con los que el abanderado de las vanguardias se carteaba. Bastará recordar los nombres de Jorge Guillén, Ernesto Sábato, Américo Castro, Camilo José Cela, Alfonso Reyes, Jean Cassou, María Zambrano, Max Aub, Victoria Ocampo, Dalí, Buero Vallejo, Bergamín, Nabokov o Tristan Zsara. Dicha correspondencia ha sido publicada en parte, como es el caso de la mantenida con Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna, Cansinos Assens o García Lorca, entre otros, pero merecería ser conocida y analizada en su totalidad.

En Guillermo de Torre, que publicó en las *Actas del I Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, celebrado en Oxford (1962), un artículo sobre «La difícil universalidad española», luego título de un libro suyo (1965), vemos, al igual que en Blecua y otros muchos, la obsesión por salir de los predios patrios y asentar a los autores señeros de la Historia de la Literatura Española en el canon universal. Blecua lo hizo, desde la ladera docente e investigadora, y Guillermo de Torre, aparte otras muchas labores editoriales y culturales,

a través de su visión de las vanguardias, que, como dijo Benjamín Jar-  
nés, «había obrado el prodigio de crear un período, unos movimientos  
literarios que de otro modo no hubieran existido».

A ese universalismo cultural sin fronteras corresponde el contenido  
de unas cartas que, como decimos, merecerían atención más detenida y  
en las que se vislumbra el amor por la literatura y el afán de ambos por  
estar al día, sobre todo en el caso de Blecua, que no contaba con las  
posibilidades que tenía Guillermo de Torre en Buenos Aires entre 1947  
y 1965. En ellas aparece desde la noticia sobre un libro o las dificul-  
tades que comportaba su envío, hasta la clásica felicitación navideña,  
dibujada con gracia por la pluma del joven Alberto Blecua Perdices en  
finísimos y graciosos trazos. Esas cartas de Blecua son además, como  
tantas otras suyas, un precioso ejemplo de letra recta y correcta, en  
perfección de forma y contenido de fondo. También nos ofrecen un  
modelo de superación de las dificultades y de impulso hacia adelante.  
De ellas se desprende también su ya mencionada amistad con Ildefonso  
Manuel Gil, sus gustos literarios, su entrega a la enseñanza y su obsesión  
por traspasar los límites de Zaragoza, que era decir los de España, para  
paliar, como tantos otros de su generación, el inmenso y doloroso hiato  
que supusiera en todos los planos, incluido el cultural, la Guerra Civil.  
El curioso lector encontrará además en una de esas cartas mensajeras  
el regalo de toda una teoría literaria de José Manuel Blecua, que tanto  
hizo por dar a conocer los autores y las obras de la Literatura Española  
con la inteligencia y la discreción que le eran propios.

A la altura de 2013, Blecua nos sigue hablando desde sus grafías  
manuscritas e impresas con total frescura y con la claridad de un fray  
Luis de León, al que tanto amaba, y al que editó con el rigor y la pul-  
critud merecidos: los mismos que empleara hasta en el dorso de una  
postal mínima. Toda una lección de estilo y elegancia sin énfasis, pues,  
como dice el verso de Píndaro, traducido por el agustino, «cada uno  
en uno se señala», añadiendo otros que suenan ahora como un deseo  
de futuro para el profesor aragonés y para la Filología:

No busques mayor cosa,  
y el cielo, que en lo alto de la escala  
te puso, te sustente  
allí continuamente.

Aurora Egido  
Directora de la Cátedra «Baltasar Gracián»  
(Institución «Fernando el Católico»)